

LA MAÑANA

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID: Un mes.	6 ptas.
PROVINCIAS: Trimestre adelantado pagado en esta Administración.	24
Por correspondentes ó giro.	23
ULTRAMAR Y EXTRANJERO, semestre...	120

LA PRIMERA PÁGINA DE LA MAÑANA.

UNA VISITA A LOS FELIBRES.

IX.

MONTPELLIER 27 de Mayo de 1878.

Interioridades de la felibrería.—Provenzales y catalanas.—La expedición a Magalona.—Brindis a Cervantes.—El concurso del tiro nacional.

Esta mañana, mientras se reunían en el Peyrou todas las músicas y orfeones que tomaron parte en el concurso de ayer, para recibir los diplomas del jurado y dar fin a aquella solemnidad artística, congregábase también en el Hotel de Ville el consistorio de los felibres, para ocuparse de asuntos de su academia, en la cual—no hay por qué negarlo—ha surgido alguna excisión que se trataba de remediar. Dos *mayorales* de Cataluña, los señores Bufarull y Calvet, han dimisido, y estas dimisiones obedecen a cierto recelo que abrigan algunos escritores de Cataluña de que la proyectada Academia de los felibres significase supeditación del elemento catalán al provenzal. El presidente Mistral y todos los escritores de la Provenza y Languedoc, que iniciaron esta organización literaria, han hecho vivísimas protestas de su deseo de equilibrar en todo, dentro de la Academia, a los cultivadores de la lengua de *oc* aquende y allende los Pirineos, y para probarlo, han propuesto algunas modificaciones a los estatutos, que han sido aprobadas.

Partiendo de la base de la población que en España y Francia habla aquella lengua, se habían señalado 29 miembros franceses y 21 españoles; pero, para dar satisfacción a nuestra patria, y atendiendo á que en Cataluña, según confesión del mismo Mistral, son en mayor número que en la Francia meridional los cultivadores de esa literatura, se ha acordado que se dividan por igual los asientos en la corporación felibresca, estableciendo, á la vez, cierta separación autónoma, de modo que las vacantes que ocurrían en la sección española sean provistas en España, y lo mismo suceda en Francia. Los representantes de Cataluña, Mallorca y Valencia en el consistorio de mayoralas, quedaron encargados de disipar los celos que habían inspirado las dos dimisiones anunciadas y no admitidas.

Qué expedición tan agradable hicimos después! En varios grupos nos dirigimos á las alegres playas en que, como poético recordro de una ciudad arruinada, se levanta la catedral medio destruida de Magalona. El grupo español fué acompañado y grandemente obsequiado por Mr. Mie-Keitingen, rico propietario e inteligente bibliófilo, que en representación de la ciudad de Montpellier, de cuyo consejo municipal formaba parte entonces, fué a Valencia para asistir al centenario del rey Conquistador. Desde nuestra llegada, este distinguido patrício se ha consagrado á servirnos y complacernos, y debó consignar aquí nuestro vivo reconocimiento, prometiéndole no olvidar nunca las agradables impresiones del día de hoy.

Magalona era el antiguo puerto de Montpellier, y ciudad floreciente en la época merovingia, que por algún tiempo dominaron los sarracenos, arrojados de ella por el victorioso Carlos Martel. Aquellas guerras la arruinaron, y amenazada constantemente por las algaradas de los berberiscos, despobló poco a poco, quedando destruida por completo en tiempo de Luis XIII. Su Sede episcopal había sido trasladada á Montpellier, y hoy solo queda, como fúnebre recordro, la maciza mole de su románico templo, en una isleta arenosa, apenas separada de la playa por los estanques y canales que por ella se extienden en caprichosos contornos.

Un hermoso camino, sombreado por dos filas interminables de plátanos de Lombardía, nos llevó de Montpellier al mar, que solo dista una hora, cruzando primero dilatados viñedos, que por desgracia destruye la filoxera; extensos campos cubiertos de miedas que aquí todavía no amarillean, de la verde *lucerna* (nuestra alfalfa) ó la productiva remolacha, y más abajo, en la proximidad de los estanques, de húmedas praderas, en las que florecen margaritas y alelías. Tropieza luego con el Lez, riachuelo que tuerce su curso entre aquellas salitrosas lagunas, y siguiendo su ribera, llegase hasta su desembocadura, en donde se está convirtiendo en elegante estación de baños de mar un lugarezco de pescadores, apellidado Palavas. Allí hay que volver á mano derecha, para dirigirse por la estrecha lengua de tierra que separa el azul Mediterráneo de los pálidos estanques, hacia el histórico templo de Magalona, cuya severa silueta dibujase á los lejos en el despejado horizonte. La iglesia y gran extensión de terreno pertenece hoy á un propietario ilustrado, M. Fabrege, que ha gastado considerables sumas en la restauración de aquel histórico monumento.

Una cruz de piedra, en medio de un bosquecillo de pinos merlumos, señala la vereda que entre dos setos de rosales en flor conduce á la antigua basílica. Esta se eleva sobre un montículo arenoso, y tiene tanto de fortaleza como de templo. Sus robustos muros están defendidos por sólidos contrafuertes; su techumbre, como en todas las iglesias románicas de este litoral, está formada por grandes sillares, que aseguraban su defensa. El interior, rico en detalles arquitectónicos y esculturales, recuerda a las tres épocas de su construcción, desde el siglo VIII hasta el XIII. Allí están tendidos en sus loches de piedra los obispos, aún se leen los latinos epitafios de los monjes, y de los caballeros que guerraban con los moros. Mucho tienen que estudiar los eruditos y arqueólogos en aquellas ruinas, pero no les falta tampoco al artista y al poeta motivos de inspiración. El completo aislamiento de ese grandioso templo en el lugar que ocupó una bulliciosa ciudad, de la cual no queda

resto alguno; la amplitud y la serenidad del horizonte, que se estiende por una parte sobre el risueño mar, y por otra sobre las dilatadas lagunas y las praderas, cañadas á lo lejos por las colinas de Montpellier; la pintoresca perspectiva de algunos pueblecillos cuyo blanco caserío se refleja en las tranquilas aguas de los estanques, producen una impresión severa y algo tanto melancólica, que cuadra perfectamente con la magestad de los recuerdos evocados por el nombre de Magalona, seguidos en las páginas de la historia.

Todo esto mirábamos y sentíamos, encaramados sobre los sólidos sillares que forman la cubierta de la catedral, y al calor de aquella poética contemplación surgió una *felibrerada*, que no estaba anunciada en el programa, y que ha sido más sabrosa que todas las fiestas previstas y esperadas. Los trovadores provenzales han leído y recitado sentidas elegías á la memoria de la ciudad muerta, y elegantes sonetos al mar Mediterráneo. Este último había sido uno de los temas del concurso de la Sociedad de las lenguas romanas, y quizás el más favorecido por la competencia de los poetas. Es, verdaderamente, asunto inspirador para todos los ingenios de raza latina ese *lago de la civilización*, que á nuestros pies se dilataba, ese sereno mar que ha mecido la cuna de nuestra cultura, y ha visto florecer en sus orillas á Atenas y Corinto, á Roma y Cartago, á Génova y Venecia, Constantinopla y Nápoles, á Marsella y Barcelona; ese mar, en cuyo lejano horizonte parecían ver todavía el baje de los Argonautas, los trirremes de Temistocles, la escuadra de Jaime el Conquistador y las galeras de Lepanto.

Difícil era arrancarnos á aquel éxtasis halagador; pero la obsesiva fiebre de nuestros anfitriones nos obligó á dirigirnos, ya anocheciendo, hacia el pulcro y aristocrático Palavas, en cuyo elegante casino habían dispuesto un banquete especialísimo y característico.

Formaban el menú toda especie de peces, moluscos y crustáceos del Mediterráneo y de los estanques, aderezados con los guisos peculiares del país, desde la marseillesa *bouillabaisse* hasta la montpelliérina *remoulade*. Condimento aún más sabroso fué la cordial alegría y el chispeante ingenio de los comensales: cerró la noche, brilló sobre las aguas la menguante luna, y en la terraza del Casino, respirando la salobre y refrescante brisa del mar, continuó algunas horas la amistosa felibrerada, leyéndose nuevos versos, recordándose antiguas tradiciones, y enalteciéndose de todas las numerosas posibles los nobles recuerdos y las lisonjas esperanzas que promovía tan grata reunión.

Formaba parte de ella Bonaparte Wyse y su amable esposa, la primera siempre en aplaudir y estimular el ingenio poético y el talento artístico. El trovador que lleva tan ilustre apellido, ha cantado también las ecipadas glorias de Magalona, en una canción, que ha puesto en música uno de los más inspirados compositores de esta tierra. Su canción fué repetida una y otra vez, con gran aplauso de los felibres, que se honran con el amor que á Provenza profesa el autor de *I Parpaïoun blu* (*Las mariposas azules*).

También es gran amigo de España Bonaparte Wyse. En el banquete de ayer, él fue quien consagró su brindis á la memoria del primer de nuestros escritores, del Manco de Lepanto. Sus palabras son dignas de conocerse en nuestro país: «Desde esta ciudad, cuna de Rabelais, en cuyo festivo ingenio uníeronse la ciencia prodigiosa y las artes liberales, en presencia de la mar latina que baña las tierras ibéricas, brindo á la memoria del ilustre autor de Sancho y D. Quijote. Cáustico satírico entre los satíricos, era, á la vez, el carácter más amable; jocoso como nadie, era el mismo tiempo un génio de inmensa profundidad; y á ese gran español deseamos el gran libro de la España, que es, sin contradicción, uno de los libros magistrales del mundo. A la salud, pues, de ese noble génio, que nos hace ver, en el espeso límpido de sus páginas, que el entusiasmo sublime, los pensamientos elevados, la galante cortesía y la antigua abnegación cristiana, son eternamente bellas, aun en medio de las extravagancias de una fiesta festiva! A la salud de Cervantes, el viril, el tierno, el incomparable escritor!»

¡Gracias, en nombre de las letras españolas, al vate británico-provenzal por su buen recuerdo! Vean los escritores castellanos cómo no son olvidadas sus glorias en estas fiestas de la lengua de *oc*.

Ya eran las diez de la noche cuando terminaba el banquete de Palavas, y emprendimos el regreso á la ciudad, iluminado el camino por la lámpara argentina de la luna. Al volver al hotel, dijeronos que habíamos perdido una fiesta solemne, que tomó también cierto carácter felibresco; la distribución, hecha esta tarde, de los premios á los vencedores en el concurso del Tiro nacional.

Verificóse en el Stand construido expresamente, como oreo haber dicho ya, por la sociedad de tiradores del departamento del Hérault, y la presidió la autoridad militar. Digo mal, la presidencia había sido cedida á la reina de los Juegos florales, á la bella esposa del poeta Mistral, en honor á los felibres. ¿No presidían las damas los antiguos torneos? Por qué no han de figurar hoy al frente de estos certámenes de la carabina y el rifle? Si el Tiro nacional tiene por objeto, como todos dicen, adiestrar á los ciudadanos en el manejo de las armas para la defensa de la patria, justo es que la mujer, soberana del hogar, estímulle esos viriles ejercicios. Y así se comprende en este país: los premios más disputados en el presente concurso han sido ofrecidos por la mariscal de Mac Mahon y por otras ilustres señoras.

Hubo premios para la carabina de precisión, para el fusil de guerra, para la escopeta de caza, de uno y dos cartuchos; para la pistola, para toda clase de armas de fuego, y antes de cerrar la sesión, Mis- tral, á instancias unánimes del concurso recitó

una de sus más populares poesías, *El tambor de Arcola*, que recuerda las glorias de los ejércitos napoleónicos.

TEODORO LLORENTE.

EL ZAPATERO POETA JUAN SACHS.

(Continuación).

Hablemos primero de sus poesías y después de la vida del bardo.

Si éste no fué un génio de primer orden que trepaba con gozo á la empinada cumbre del Parnaso germano para cantar desde allí lleno de inspiración la libertad y la virtud, fué un talento felicísimo dotado de un humor encantador, un bardo que superaba á todos los *meistersinger* y á los poetas de Nuremberg que le precedieron, los Folz y Rosenplüt, por la variedad de la invención y de las formas, por la profundidad moral y por la expresión viva y natural. El oficio no encorvaba sus espaldas, sino que libres contemplaban sus ojos desde su cuarto el hormiguero del mundo humano, volviéndose ora hacia atrás, ora hacia adelante. Cada línea, cada verso suyo respiraba verdadero gozo nurembergues. Pero nos extraña que no tenga ninguna alabanza para el arte patrio, que cuando él vivía había alcanzado su apogeo adornando las iglesias de San Lorenzo y San Sebaldo, y al cual añadió para gloria de Nuremberg los timbres del canto.

No caminando, sino volando sin trégua de creación en creación, se hizo el más fértil de los bardos alemanes y el rey de los *meistersinger*, aquellos ciudadanos poetas, aquellos menestrales bardos que en el siglo XIV sustituyeron en Alemania á los trovadores caballerescos, á los cantores del amor y de las mujeres, á los líricos áulicos del siglo XII y XIII, llamados *minnesinger*, siendo el último de estos el conde Hugo de Montfort, que hizo versos á caballo, en la caza, en el campo y en la selva, y que, no sabiendo escribir ni leer, mandó escribirlos por su cazador Burk Manguot. Por los *meistersinger* la poesía entró en las ciudades y en los gremios; pero encerróse en reglas y cláusulas, oponiéndose al fácil vagar de la inspiración la aridez del precepto.

Pues los *meistersinger* no consideraban la poesía como juego libre de la fantasía y del sentimiento, sino que en el siglo XVI hicieron de ella un arte que se aprendía, dando la mayor importancia á la forma, á la estructura del verso, á las rimas. Pero si estos bardos, cuyos cantos servían casi todos á fines santos, teniendo por asunto historias bíblicas, no representaban la verdadera poesía, el lirismo puro, representaban en cambio lo mejor del *meistersinger*.

Pues los *meistersinger* no consideraban la poesía como juego libre de la fantasía y del sentimiento, sino que en el siglo XVI hicieron de ella un arte que se aprendía, dando la mayor importancia á la forma, á la estructura del verso, á las rimas. Pero si estos bardos, cuyos cantos servían casi todos á fines santos, teniendo por asunto historias bíblicas, no representaban la verdadera poesía, el lirismo puro, representaban en cambio lo mejor del *meistersinger*.

En que lamíendo rosas,
El céfiro bullía
Y suspiraba aromas (1).

Sachs no hubiera merecido los aplausos de Goethe si no fuese más que el rey de los *meistersinger*, pues el arte de éstos se había apartado de la genuina poesía popular; pero Sachs casó el arte de la escuela de canto de Nuremberg con la poesía popular, teniendo el hijo de aquél matrimonio por padrinos al humorismo y á la leyenda.

En las *spruchgedichte* (las poesías que Juan Sachs mandó imprimir) hay una sin par copia de asuntos, cantándolo el poeta todo, desde el cedro de Libano hasta el hisopo que se crie en la muralla. Y es claro que al cantarlo todo, canta también mucha que no podría cantarse y que jamás será poesía. Pero á él movió siempre un fin; se proponía enseñar al pueblo entreteniéndole y deleitándole. Como fuentes de sus poesías, el culto bardo zapateado, el noble adulid de las letras, aprovechó á Plutarco, Herodoto, Jenofonte, Herodiano, Jofeso, Tito Livio, Valerio Máximo, Justino, Suetonio, y á Homero, Ovidio, Apuleyo, Plinio, Diódoro, Stoibeo, y las crónicas de Sebastián Frank y de Schédel, en fin, cuanto pudo encontrar lo convirtió en cantos ó poesías.

Entre las didácticas mencionaremos la del *Scalarafeland* (tierra de pipirípao, que hoy podriamos llamar de Jauja), poesía que nos encanta por su ironía deliciosa.

Lo más cumplido que compuso son sus *Schwanke* (narraciones jocosas) y sus *Fasnachtsspiele* (juguetes de Carnaval). Como prueba de las primeras citaremos el *Kifferbeker* (la arteja), en que el poeta, con el buen humor más feliz, pinta la guerra doméstica, la actividad de una mujer regañona, usando

un juego de vocablos con las palabras alemanas *Kifferbeken* y *Keiferbeken*, queriendo decir la primera *arteja* y la segunda *regaña*.

Entre los juguetes de Carnaval debe citarse como el más eficaz el *Narrenschweide* (la expulsión de locuras). Estos juguetes son una planta genuinamente nuremberguesa que cultivaron ya los Rosenplüt y Folz, pero miéntras estos recordaban demasiado que el Carnaval es el rey del desenfreno y de la disipación, Juan Sachs sustituyó á lo lascivo lo puro y lo moral, y en sus juguetes encuéntrese ya el germen de todo lo que constituye un buen drama. Sus dramas propiamente dichos no son sino narraciones dramatizadas. El que dirigió la escuela de los *meistersinger* de Nuremberg se presentó también en las tablas y contrajo mérito respecto al arte teatral.

Al sumar en 1567 todas sus poesías contaba 4.273 *meisterschulgesange* (cantos de la escuela de *Meistersinger*), 1.700 narraciones poéticas y 208 dramas.

Contribuyó á propagar la Reforma en Nuremberg por sus popularísimos *Diálogos*, escritos en prosa, por su poderosa poesía que en 8 de Julio de 1523 escribió en honor de Lutero bajo el título de *El ruisenor de Wittenberg*, y por la sentida composición que dedicó á la muerte de este héroe de la Iglesia evangélica. Escribió también poesías sagradas, que hallaron cabida en los devocionarios evangélicos.

En cuanto á la vida del tan amable como diligente zapatero bardo, él mismo la narró en una poesía suya que llamaba su *Valete* (Adiós), porque en ella, que escribió en 1567, quería despedirse de la musa. Pero en eso se equivocó, pues continuó haciendo versos hasta sus últimos años.

Nació Juan Sachs en Nuremberg, el 5 de Noviembre de 1494, de un acomodado sastre, Jorge Sachs, y de su mujer Cristina, pareciéndole haber sido el único fruto de aquel matrimonio. Como hijo de un ciudadano de Nuremberg, había de visitar una de las cuatro escuelas de esta ciudad, en la que aprendió el latín, trocándola á la edad de quince años por el escabel de zapatero, para dedicarse á un oficio que, según demuestra el ejemplo de Jacobo Boehme, dejó tanto tiempo para la meditación.

Lo primero que hizo cuando aprendió era dejarse instruir en el arte de los *meistersinger* por el tejedor Lienhart Nuppenbek, que, siendo agraciado con la Orden de David, tenía el derecho de acoger discípulos. La enseñanza en las reglas del canto se hizo gratis. A la edad de 17 años emprendió Juan sus viajes, que le condujeron á Ratibona y Passau, á Salzburgo, Wels, Munich, Landshut, Wurzburg, Frankfurt, Coblenza, Colonia y Aquisgrán. En Munich compuso su primer canto (*meisterlied*) como *meistersinger*: era una *Alabanza de Dios*. Vuelto á Nuremberg en 1516, contrajo matrimonio con Cuneografía Creutzer, de la que tuvo siete hijos. Murieron todos menos una hija; pero en los niños de ésta le quedaron al poeta esas flores animadas que constituyen el encanto del hogar, esos angelitos cuyas palabras son como gorjeos de pájaros y cuyas sonrisas como destellos de la luz más pura. Cuando él, que en sus poesías no celebraba el amor, el dulce dón de Vénus, pero sí el matrimonio, ese amor puro ante Dios y los hombres, perdió en 1560, después de un matrimonio feliz de cuarenta años, á su querida mujer, tembló en sus pupilas una lágrima amarga, y parecía que le faltaba todo consuelo; pero después de transcurrido un año y medio lo sonrió por segunda vez la felicidad del amor, y se enlazó con Bárbara Harscher, la amable hija de un hábil peltreiro, en cuya alabanza escribió una poesía erótica inspirada como ninguna suya, pintando la gracia de su persona, la frente tersa como mármol, la boca ardiente como rubíes, los dientes blancos como perlas, el color de leche de sus mejillas y el oro de sus cabellos. Aquella tierna poesía de quien hacía años se había pintado á sí propio como hombre gallardo—lo que se conoce aún en retratos suyos grabados en madera que todavía existen—parece la

SECCION POLITICA.

INSISTIMOS.

No nos han sorprendido los comentarios que sobre nuestro artículo de ayer hacen algunos colegas ministeriales. Los esperábamos, porque cuando se dice la verdad al país, cuando los periódicos independientes presentan á la situación dominante tal cual es en sí, y aprecian sus actos con más ó menos energía, pero siempre con patriótico criterio, se los supone inspirados por una censurable intranigencia, movidos por aspiraciones antipatrióticas, y hasta torpes y ciegos en la conducta que siguen, perjudicial á los intereses del partido á que pertenecen, y sólo beneficiosa á los adversarios que pretenden combatir. Eso se contesta á nuestro artículo de ayer; eso tan solo se dice en defensa del Gobierno y de la política absorbente del señor Cánovas.

Quisiéramos complacer á nuestros colegas y evitarlos el disgusto de leer esas que llaman andanadas disparadas contra la sólida e inquebrantable fortaleza que están llamados á defender; pero como su consejo no podemos considerarla desinteresada, y como sus apreciaciones las hemos de juzgar algún tanto apasionadas, se arraiga en nosotros el convencimiento de que seguimos la conducta más conveniente para los intereses de nuestro partido, y de que ni nuestra torpeza puede aprovechar al Gobierno, ni aunque le aprovechase sería en manera tal que redundase en grave daño de los principios que venimos sosteniendo.

Dé todas maneras cumplimos un deber que nuestra conciencia nos impone, y continuaremos en la campaña emprendida en defensa de las instituciones representativas con mejor ó peor acierto en la forma, pero siempre con profunda convicción y con inquebrantable lealtad; y esto á pesar de correr el riesgo de contribuir en algo á consolidar el poder del señor Cánovas, como suponen los colegas á que nos referimos, que de tal manera nos dan una importancia que nunca hemos creido tener.

Y nos declaramos impenitentes porque amamos sinceramente el régimen constitucional; porque deseamos que las instituciones funcionen libremente y se vean siempre rodeadas del mayor prestigio posible, y porque de día en día miramos á aquél más humillado por un Gobierno autoritario y á las instituciones envueltas por una densa sombra que las priva de todo brillo y splendor.

No comprendemos, ni podremos comprender nunca, que un Gobierno verdaderamente constitucional y que lealmente aspire á la consolidación de las instituciones representativas consienta se pongan estas en ridículo y se despidan por medio de suelos como el que ayer censuramos y que debe ser considerado seriamente, porque con seriedad tan sólo debe tratarse cuanto afecta á los altos intereses de Gobierno y á las prerrogativas de la Corona; no podremos comprender que se intente dar fuerza y prestigio á la legalidad viéndola solo apoyada por un partido ó agrupación política, y presentando á los demás partidos que dentro de esa legalidad se mueven sospechosos para la monarquía; no comprendemos que de tal manera se despidan esa alta institución que en el interés del Gobierno debe estar presentada agrupando todo lo que las fuerzas son a su rededor, y no aislandose cada vez más, con el preaviso abandono de aquellos que lealmente la aceptaron; no comprendemos que se despidan la Representación nacional con ese alarido continuo del poder del Gobierno, privándola de su libertad e independencia, ora con la limitación de los asuntos que á su deliberación se someten; no comprendemos, en fin, que todos los días se presencie una nueva misificación, que un Gobierno que constitucional se dice retarde el que la Constitución pueda ejecutarse por la falta de leyes orgánicas más ó menos reaccionarias, pero leyes, en fin, que completaría en apariencia el organismo constitucional.

Y esos graves errores, producto tan sólo del convencimiento que el señor Cánovas tiene de su propio valor y de la influencia decisiva que sobre todo ejerce, han creado esta situación anormal y crítica que es preciso presentar bajo su verdadero y grave aspecto, y combatir sin tregua ni descanso. Porque de otro modo la reacción se entronizará en el poder, el régimen parlamentario servirá sólo como sólida base de un Gobierno que la hiere y anula, y las instituciones representativas vendrán á ser la única fuerza de un poder personal que sobre ellas se eleva.

La historia nos demuestra que en todo gobierno, aun en los más absolutos, los que son instrumentos del poder, los que á su sombra y bajo su amparo viven, los que sus decisiones deben ejecutar, han procurado realizar ese poder, rodearle de una aureola de respeto y presentarle ante la nación con carácter digno de todo acatamiento.

Los ministros universales de nuestros reyes absolutos, hasta sus más degradados favoritos pudieron abusar del poder real, pero no procuraron su desprecio; pretendían enaltecerse, ora elevándose sobre una aristocracia soberbia y dominadora, ora sobreponiéndole á las corporaciones municipales y á las exigencias de los pueblos, y siempre pre-

sentaban como única á la autoridad real, y siempre ante ella y á la vista del pueblo se mostraban sumisos y respetuosos. La institución entonces única aparecía sagrada e inviolable.

¿Por qué no hemos de pretender lo mismo nosotros? ¿Por qué no hemos de reclamar ese prestigio para las instituciones representativas? ¿Por qué no ha de sernos permitido censurar esas imposiciones al poder legislativo, esa falta de respeto que en la situación actual se observa al poder real? Cuando de modo tan seguro se habla por el señor Cánovas en las Cortes de su permanencia en el poder, que solo depende de la Corona y del Parlamento; cuando llega el rebajamiento hasta el punto de llevar el uso de la prerrogativa real á las columnas de un periódico noticiero; cuando en esas columnas, y todos los días en los periódicos ministeriales, vemos tratar á los partidos llamados á consolidar esos poderes con ridículo sarcasmo, ó con bufonadas repulsivas á todo criterio serio, ¡es de extrañar que excitados nuestros más nobles sentimientos, y mirando con dolor el nivel á que la política ha descendido, censuremos ágriamente sus procedimientos, y contra ellos con energía protestemos!

Piensen lo que quieran los periódicos ministeriales, seguiremos con decisión ese nuestro propósito.

Hace algún tiempo recibímos quejas de nuestros amigos de Puerto-Rico, manifestándonos que la correspondencia que recibían por la vía de Santander llegaba á sus manos después de haber tocado en la Habana. Reclamó la prensa exponiendo los perjuicios que por este rodeo sufrían el comercio y los particulares. Y en efecto, sin duda por el valor que en nuestra patria alcanza la voz de la prensa independiente, el mal desapareció... haciendo de lo que era Santander y hoy sucede lo propio con los pliegos y cartas que se embarcan en Cádiz, porque unos y otros pasan por Puerto-Rico, hacen su correspondiente escalada en la Habana, y regresan luego á la pequeña Antilla, tardando en llegar á su destino mes y medio, cuando sólo debían tardar quince días.

Sucediera después de esta advertencia que hiciéramos, impulsados por los perjuicios generales y fáciles de comprender que se originan, que en vez de conseguir que se corrija el pésimo servicio de la administración pública, la correspondencia llegue con más retraso, ó que no llegue á su destino?

Todo lo tememos al advertir tan repetido desconcierto. Ello es que los particulares tendrán que apelar á las vías extranjeras si quieren alcanzar alguna precisión en el servicio de correos, porque se va adquiriendo el triste convencimiento de que nuestro Gobierno abandona de una manera lamentable los intereses de sus administrados.

Las quejas, como una triste experiencia lo demuestra, ó las lleva el viento, ó empeoran aquello mismo contra lo cual se reclama. Es la manera de ser característica de la situación.

Dos nuevos periódicos diarios acaban de aparecer, el uno titulado *La Integridad de la Patria* y el otro *Gaceta Universal*.

Del primero hemos recibido un número y otro del segundo, y aunque ambos colegas nos parecen ministeriales, no francamente declarados — aludimos al último — desearíamos verlos sin intermitencias por nuestra redacción.

Saludámoslos afectuosamente, deseandoles buena acogida en la opinión, para lo cual tendrán que ahumar los cristales por donde mire á la cosa pública, porque si usaran los de color de rosa, ni podrían pasar plaza de imparciales, ni aspirar á ser écos fieles de la opinión pública.

En la *Gaceta de Barcelona* encontramos el siguiente manifiesto, dirigido por los representantes de las sociedades de obreros á sus compañeros de trabajo.

Dice así:

Compañeros en el trabajo, salud.

Los que hemos merecido el alto honor de asumir vuestra representación nos hallamos hoy en el sensible caso, muy á pesar nuestro, de tener que hacerles oír el lastimero acorde de nuestros sentimientos.

Seremos breves, tanto para no fatigar vuestra atención, cuanto porque al entrar en apreciaciones y detalles, tendríamos que engolfarnos en un terreno que nos está vedado, ó que podrían venir a confundir las nobles y legítimas aspiraciones de nuestro corazón, con bastardadas mías, agenesas por completo á nuestro real propósito.

Uno y otro día que vivimos apasados, contemplando la desastrosa marcha económica y social de nuestra querida patria; y uno y otro día que, con dolor, vemos huir, repiegarse los capitales en busca de intereses mayores que los que la industria y la agricultura podrán proporcionar; uno y otro día que estamos fatalmente registrando establecimientos, fábricas y talleres que desaparecen, campos que se abandonan; uno y otro día, en fin, que se nos está desarrancado el corazón en pedazos al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son pocos, los que en su hogar se albergan, desfallezcan y mueran de necesidad por carecer del trabajo que, destilando el sudor al no poder impedir que uno y otro compañero agonice por falta de alimentos; y el desventurado obrero, su cariñosa esposa, sus tiernos hijos, todos, que no son

tico á desarrollar la tesis de que la estabilidad en el Gobierno es la condición primaria si se quieren establecer todas las corrientes necesarias para alcanzar el mayor grado de perfección y cultura.

Y dice el órgano de cámara cuando ha creido llegar al punto de intersección que inspiró su artículo:

«De aquí la necesidad de que el Gobierno, que haya de emprender ese camino sea un gobierno fuerte y de prestigio que tenga su apoyo en la opinión, en el Parlamento y en la confianza de la corona, y que encuentre delante de sí horizontes bastante dilatados para realizar dentro de ellos los planes que se proponga para el engrandecimiento nacional.»

Estamos perfectamente de acuerdo; pero de ahí que los hombres que se hallan en el poder, unidos por el estrecho ideal de las personas, sin apoyo alguno en la opinión, sin horizontes, que no puede darlos ninguna máquina, se halle moralmente incapacitados para realizar plan alguno que se salga fuera de la limitadísima esfera en que se mueven.

La Política no ve esto: muy al contrario, tiende la vista y sólo descubre entre los partidos españoles al gobernante en el cual encuentra las condiciones que niega en todos los demás.

¿Qué significa esto, en suma? ¿Que el pueblo español opina como *La Política*?

Nada de eso; que el órgano del señor presidente del Consejo padecerá de una miopía que se asemeja con la ceguera.

El señor Cánovas no recibirá aplausos de su patria más que gobernando el menor tiempo posible, y sabido es que el mal por poco que dure se hace pesado.

Si cuatro años de desgobierno es poco, la continuación llevará el consuelo á los descontentos, formados por la masa contribuyente del país.

La Política, por lo visto, quiere acostumbrar á España á lo malo, por medio de la duración.

Es un sistema que convierte lo peor en deseable, pero que no haría ciertamente sentirse la salud de los ministeriales é *ouvrance*.

DIA 3.

Presidencia. — Reales decretos nombrando gobernador civil de la provincia de Alicante á don Antonio Alcalá Galiano, que los de Guadalajara; de esta á D. Carlos Ochoa, jefe de Administración en la dirección de la Deuda; admitiendo la dimisión á D. José Frances, gobernador de Burgos, y nombrando en su lugar á D. Federico Ferrer, que lo es de Albacete; para esta á D. Juan Fernando Espino, separando á la de la provincia de Castellón D. Onofre Amat y nombrando en su reemplazo á D. Antonio Senarega, que desempeña igual cargo en la de Tarragona; para este á D. Ramón Mazon, que sirve igual plaza en la de Soria; y para esta última á D. Víctoriano Ciruelos y Esteban, diputado á Cortés.

Gobernación. — Real decreto trasladando 8.000 pesetas del capítulo 15 artículo 2º, concepto de Escuela de los presios al de Socorro de marina, artículo 2º, y 3º del mismo capítulo.

— Otro autorizando á las direcciones dependientes de este ministerio, para que sin necesidad de observar los trámites de licitación pública, puedan disponer la adquisición de toda clase de efectos y hacer las obras necesarias, siempre que su importe no exceda del límite marcado en el párrafo 2º art. 6º del real decreto de 27 de Febrero de 1852.

Fomento. — Ley prorrogando en 30 meses el plazo de construcción otorgado á la empresa del ferrocarril de Granollers á San Juan de las Abadesas.

— Real decreto aprobando el plan de carreteras provinciales para la de Pontevedra.

— Real decreto declarando caducada la concesión otorgada á D. Miguel Feliú para construir un canal derivado del río Aragón en la provincia de Huesca.

— Otro declarando que la Compañía ibérica de riegos concesionaria del canal derivado del río Henares, en la provincia de Guadalajara, tiene derecho á disfrutar los beneficios otorgados por la ley de 20 de Febrero de 1870.

— Real orden resolviendo que no procede la demanda contra la real orden mandando expedir título de propiedad de la mina Trago segundo, en término de Espiel, de dicha provincia.

Los preparativos y trabajos electorales en Alemania continúan con gran actividad. Todos los partidos se aprestan para la lucha, que á juicio de las manifestaciones de la opinión promete ser viva y ardiente.

Ayer dimos cuenta á nuestros lectores del manifiesto publicado por el comité socialista de Hamburgo. Hoy lo haremos de un artículo publicado por la *Provincial Correspondencia* que titula «Las intenciones y los deseos del Gobierno respecto de las elecciones.»

«El Gobierno, dice el periódico alemán á que aludimos, que trata de adoptar medidas contra el socialismo, cree que debe seguir el camino marcado por la ley en la misma dirección indicada en el primer proyecto, y exige sobre todo plenos y especiales poderes, en lo que se refiere á la prensa socialista, á las sociedades y á las reuniones de este partido. Por actos prácticos y por la eficacia de las disposiciones que se median, quedarán aseguradas las garantías del nuevo proyecto de ley, haciendo más severas algunas disposiciones del Código penal; con esto, sin embargo, no se podrá curar en el fondo la plaga del socialismo; las medidas legales no harán más que despejar el terreno para permitir que se realice la obra eficaz del Estado, de la Iglesia y de la Sociedad.

«El gobierno reconoce como uno de sus más incluidos deberes el de alentar este trabajo de mejoramiento, y animarle con el consejo y con la acción, afianzando la fá publica y produciendo un cambio en la situación económica industrial del país.

«El Gobierno espera del Reichstag su apoyo espontáneo y valioso en las reformas preparadas, hace varios años en el terreno industrial y financiero. Por esto debe continuar corrigiendo el orden industrial, ateniéndose á sus bases y tomando en consideración las necesidades que se experimentan; deben hacerse independientes las rentas del imperio, aumentándolas con los impuestos indirectos para disminuir los directos que perciben el Estado, la provincia y el municipio. Entre las cosas que han de sujetarse á una tasa, está en primera linea el tabaco, y una información dará á conocer si es más útil informar el monopolio ó otro medio conveniente. En la

política comercial deben estudiarse cuidadosamente bajo todos los aspectos los intereses y las necesidades del tráfico nacional, de la producción y del consumo, ateniéndose a aquellos principios seguidos desde la creación de la ley aduanera.»

El artículo termina invitando al pueblo para que salga elegida de la urna una mayoría compuesta de hombres que secundan sinceramente los acuerdos del Gobierno, no tan sólo en las acusales y extraordinarias circunstancias, sino también para cooperar á un saludable incremento político y económico de la nación.

El dia 30 del pasado mes de Junio tuvo lugar en París la anunciada fiesta nacional.

Dió principio con la inauguración de la estatua de la república en la Exposición universal.

A las nueve de la mañana llegaron el 131º regimiento de línea y el 6º batallón de cazadores á pie; dichas tropas estaban destinadas á formar el piquete de honor, y se situaron á derecha e izquierda del jardín del Campo de Marte, rodeando la cabeza de la Libertad, estatua que, como es sabido, debe ser colocada en la rada de New-York.

La estatua de la república, obra de Clesinger, está sentada teniendo una espada en su mano derecha y apoyándose en las tablas de la ley, en las que se ven escritas estas palabras: *República francesa, Constitución del 25 de Febrero de 1875.*

En el acto de la inauguracion, hallábanse presentes M. de Marcere, ministro del Interior; M. Teisserenc de Bort, ministro de Agricultura y Comercio; M. de Freycinet, ministro de Trabajos públicos; el almirante Pothau, ministro de Marina; el general Borel, ministro de la Guerra, M. Anatole de la Forgue, director de la prensa en el ministerio del Interior; M. Albert Gigot, prefecto de policía; el presidente y miembros del Consejo municipal, senadores, diputados, representantes de todos los periódicos de París, y un gran número de miembros de la prensa.

M. Teisserenc Bort tomó entonces la palabra en estos términos:

«Señores, os hemos invitados hoy para inaugurar la estatua de la República.

Esta obra, de uno de nuestros más eminentes artistas, debía ocupar su puesto de honor el día de la apertura de la Exposición. Majestuosamente sentada en el umbral de este palacio, debía simbolizar la Patria alentando y protegiendo con su gran imagen las ideas de libertad en la concordia, la unión de los pueblos en el trabajo, el progreso y el amor á la humanidad. (Aplausos.)

Desfilando á sus pies, hubiésemos afirmado con nuestros vivas nuestra fe en su genio creador y defensor de todos los intereses. La hubiésemos confiado nuestras esperanzas en el éxito de una Exposición que ella había inspirado; que era su obra y que permanecerá como una de las glorias del porvenir.

— Dificultades naturales de diversa índole han retardado hasta aquí su instalación. Lo hemos lamentado vivamente. Hoy no lo sentimos, puesto que podemos asociarla á la gran fiesta nacional destinada á celebrar el éxito de la Exposición universal y á perpetuar su recuerdo.

Hoy pertenece, pues, nuestra República á esta gran fiesta y á su organizador. Ruego á mi distinguido colega, el señor ministro del Interior, que tenga la bondad de inaugurarla como el punto de partida de aquella gran manifestación nacional.» (Aplausos prolongados.)

Acto continuo, pronunció M. de Marcere, un discurso cuya extensión no nos permite reproducirlo íntegro, terminando el cual todos los concurrentes repitieron con entusiasmo los gritos de ¡Viva Francia! y ¡Viva la República!

La música de la Guardia republicana tocó la *Marsellesa* en medio de los aplausos de la muchedumbre. Las tropas desfilaron por delante de la estatua de la República, terminando la ceremonia oficial á las diez y media.

La ciudad de París presentaba un aspecto magnífico. Los edificios públicos se hallaban admirablemente adornados con banderas, flores y todo género de elementos decorativos. Las casas y los palacios particulares rivalizaban en el lujo de los trofeos que sus fachadas ostentaban.

Los pasajes ofrecían un golpe de vista fantástico. Era una especie de orgía de faroles venecianos, de estandartes de todas las naciones, de follaje y de flores.

Las galerías de la Ópera, de los Príncipes, Verdeau, Orleans, Verboodt, etc., estaban magníficas por su decorado.

En el pasaje de los Príncipes, el repostero Noél tuvo el buen gusto de colocar un crespón sobre el pabellón español. En prueba de gratitud, le envió el embajador de España un nueva y preciosa bandera igualmente enlutada.

Todos los distritos de París han puesto especial cuidado en dar á la fiesta del 30 de Junio el mayor grado de explendor, y ciertamente lo han conseguido. Todos y cada uno de los habitantes de París se ha esforzado en lo que sus medios le han permitido para contribuir al brillo de aquella fiesta verdaderamente nacional.

La Agencia Fabra nos comunica los siguientes telegramas:

BERLÍN 2.—*El Diario Oficial* publica una carta fechada 24 de Marzo de 1878, dirigida por el emperador al Papa, manifestando la esperanza de que su Santidad usará de todo su influjo para conseguir que todos los subditos alemanes obedezcan en lo sucesivo las leyes del País. También publica otra carta del príncipe imperial del 10 de Junio. R. P. P. ha contestado que esperaba que los sentimientos reciprocos de conciliación dejarán abierta para Prusia la vía que nunca fué cerrada para los demás estados.

El Gobierno reconoce como uno de sus más incluidos deberes el de alentar este trabajo de mejoramiento, y animarle con el consejo y con la acción, afianzando la fá publica y produciendo un cambio en la situación económica industrial del país.

El Gobierno espera del Reichstag su apoyo espontáneo y valioso en las reformas preparadas, hace varios años en el terreno industrial y financiero. Por esto debe continuar corrigiendo el orden industrial, ateniéndose á sus bases y tomando en consideración las necesidades que se experimentan; deben hacerse independientes las rentas del imperio, aumentándolas con los impuestos indirectos para disminuir los directos que perciben el Estado, la provincia y el municipio. Entre las cosas que han de sujetarse á una tasa, está en primera linea el tabaco, y una información dará á conocer si es más útil informar el monopolio ó otro medio conveniente. En la

Rumanía, en el mar Negro, que está comprendido también. De esta manera, la Rumanía gana una porción de territorio firil y se sitúa sobre dos importantes fracciones del Danubio. El congreso ha reconocido la independencia de Rumanía y del Montenegro. Mañana discutirá la cuestión relativa á la navegación y á la embocadura del Danubio. El señor conde de Arcey y el señor Suárez, están de acuerdo acerca de las fronteras del Montenegro.

PARÍS 2.—Con motivo de la manifestación y del depósito de coronas sobre la estatua del arzobispo Baluze, de Marsella, hubo grupos que intentaron derribar la estatua. La policía dispersó dichos grupos y verificó algunas prisiones. La calma quedó restablecida al poco rato.

BERLÍN 2.—El congreso arregló ayer en el sentido deseado por el Austria la cuestión relativa al Montenegro. También acordó que Antivari será cedida al Montenegro.

LONDRES 2.—*El Times* de hoy publica un telegrama anunciendo que el gobernador de la Boisca arma la población en masa contra la ocupación austriaca.

PARÍS 2, diez n.—Hoy ha salido de esta capital con dirección a Viena el Shah de Persia. Esta mañana llegó á París el archiduque de Austria. Se asegura que Rumanía rechaza la retrocesión de la Boisca.

BERLÍN 2.—La sesión del Congreso ha durado hoy desde las dos hasta las cuatro y media, asistiendo todos los delegados.

ATENAS 2.—El gabinete ha presentado su dimisión.

MARSELLA 2.—A consecuencia del tumulto de ayer han sido arrestadas 120 personas.

SAN PETERSBURGO 2.—El emperador ha ordenado que la corte vista de luto durante 21 días, con motivo del fallecimiento de la Reina de España doña Mercedes de Orleans.

PARÍS 1.—Bolsa: 3 por 100 francés, 77,25; 5 id., 113,80; exterior español, 14,12; consolidado, 98,116; Bolsa: interior, 12,13; exterior, 14,12; amortizable, 32.

SECCION

DE INTERESES MATERIALES.

LA BENÉFICA.

Esta Sociedad, ya conocida por varios seguros que tiene establecidos, se propone prestar un servicio notable al país tomando á su cargo el pago de las indemnizaciones que las empresas de ferro-carriles están obligadas á dar á los viajeros víctimas de siniestros, si el Gobierno y las Cortes tienen en cuenta su proyecto.

Tiempo hacia que la opinión pública se sentía aterrada por los frecuentes siniestros y la impunidad de que eran seguidos, lamentando todos que las leyes nada establecieran en favor de los viajeros, á no ser el art. 14 de la ley de ferro-carriles, de cuya vaguedad nadie podía esperar.

Hace dos años las Cortes tomaron en consideración un proyecto de ley que el conde de Torre se encargó de sepultar en el olvido, so pretesto de estudio, que por lo visto no llegó á término aún, no obstante el largo tiempo transcurrido.

Pero esa ley es poco menos que impracticable, pues de aplicarse las indemnizaciones, al final consignadas, la ruina de las compañías era segura. Nada menos que 15.000 duros subvencionan las indemnizaciones á las familias de los muertos.

La Benéfica ofrece á los viajeros las ventajas de la asistencia médica gratis, en numerosas casas de socorro establecidas de cien en cien kilómetros sobre todas las líneas férreas.

Solo pide en compensación de este servicio el aumento de diez céntimos de peseta en todos los billetes de viajero, cualquiera que sea la distancia recorrida.

No hay que decir que á las empresas conviene en primer término la realización de este proyecto, pues gracias á él se verán libres de un compromiso gravísimo que hasta ahora han podido eludir con verdaderos subterfugios.

Hé aquí el cuadro de las clases y órdenes que se dividen las lesiones que pueden ocurrir por siniestro en los ferro-carriles e indemnizaciones que han de abonarse.

INDEMNIZACIONES.

	Rs. vn.
Clase 1.º	50.000
Clase 2.º Orden 1.º	40.000
Ibidem 2.º	35.000
Ibidem 3.º	30.000
Clase 3.º Orden 1.º	20.000
Ibidem 2.º	15.000
Ibidem 3.º	10.000
Clase 4.º Orden 1.º	3.000
Ibidem 2.º	1.500
Ibidem 3.º	500

Están comprendidos en la primera clase los fallecidos, en la segunda los heridos graves, en la tercera los menos graves, y en la cuarta los que recibieron lesiones leves.

Fuera de desejar que el Gobierno y las Cortes tomasen en cuenta este excelente proyecto, que concilia muchas dificultades, el interés de las empresas, el interés de los viajeros y la responsabilidad del Gobierno ante la libertad pública.

A este acto, á más de las comisiones respectivas, asistieron bastante número de diputados y senadores.

Los ministros y los altos funcionarios de palacio asistieron á esta recepción.

Los funerales que por el eterno descanso de su majestad la Reina, posteados por la excelentísima diputación provincial, se verificaron ayer mañana en la iglesia del Carmen Calzada, estuvieron concurridísimos.

Además de aquella corporación, se han apresurado á rendir este último tributo á la ilustre fidalga, el Gobierno de S. M., cuerpo diplomático extranjero, comisiones de los Cuerpos colegiados, del Consejo de Estado, del Tribunal de Cuent

